

Carmen Laforet vista por... Carmen Laforet

...Comprendo que no tengo la larga paciencia del genio. Al menos, en cuanto al estilo me es imposible corregir un libro. Si alguna página mía suena en un castellano correcto y armonioso, es porque así salió de mi pluma, espontáneamente. Y no protestaría si algún crítico juzga que no hay ninguna con estas cualidades. Aún viendo repeticiones de palabras muy fáciles de sustituir, al leer una galeras, es raro que las corrija, porque, preocupada por la idea general del libro, las olvido.

Lo que a mí, como novelista, me preocupa en mis libros, lo que soy capaz de destruir enteramente y volver a hacer de nuevo cuantas veces sea necesario, es su estructura y también su vida. Me preocupa huir del ensayo, huir de explicar mis propias opiniones culturales, que considero muy poco interesantes, y dar aquello para lo que me creo dotada: la observación, la creación de la vida. Me preocupa el vigor de los personajes y la manera de exponer los hechos para que resulten claros a la luz mía, individual, y me preocupa el que estos hechos queden objetivamente expuestos para que el lector pueda juzgarlos por sí mismo, interesarse por ellos, aceptarlos o rechazarlos a su gusto.

No sé si en verdad he logrado todo esto en el trabajo realizado desde 1944 a 1955, que es el trabajo que se recoge aquí. No puedo juzgar la calidad de mis libros. Todos me han producido angustia y satisfacción al hacerlos y al terminarlos; y sin embargo, después de hacerlos, espero no pararme en la obra que queda atrás y llegar a algo más completo y más hondo en el futuro. He pensado en el motivo y la vena de mi vocación de novelista y sé que mis libros se deben a un profundo amor a la vida. Este amor se ha cumplido en mí, como Rilke explica en las cartas a un joven poeta que debe cumplirse el amor humano en los jóvenes. “Amar –dice Rilke- es más bien una oportunidad, un motivo sublime que se ofrece a cada individuo para madurar y llegar a ser algo en sí mismo, para volverse mundo, todo un mundo por amor a otro”.

Este mundo en que yo personalmente me he convertido es un mundo de novelista. Un mundo con distintos ambientes humanos, con distintos personajes y ciudades y cielos y edificios y campos... Este mundo que soy yo misma, por la transformación amorosa de que habla Rilke, pero que -¡por Dios!- no es mi autobiografía, como han querido ver algunos críticos.

.....

NADA

Nada es la primera obra, con la fuerza de una juventud sin estrenar aún. La idea de la novela –escrita en Madrid de enero a septiembre de 1944- vino del choque experimentado por mi sensibilidad al llegar desde el mundo amable y pacífico de las Islas canarias a Barcelona, en septiembre del año 1939, recién terminada la guerra civil española.

No es –como ninguna de mis novelas- autobiográfica, aunque el relato de una chica estudiante –como yo fui en Barcelona- e incluso la circunstancia de haberla colocado viviendo en una calle de esta ciudad donde yo misma he vivido, haya planteado esta cuestión más de una vez.

Cuando yo escribí la novela tenía muchas impresiones acumuladas en soledad y una instintiva sabiduría: la de darme cuenta que si era cierto que yo podía ver y sentir ciertas cosas que aceptaba o rechazaba mi sensibilidad, no tenía experiencia para juzgarlas. Por este motivo puse el relato en boca de una jovencilla que es casi una sombra que cuenta.

Nada es una interrogación..., viva, anhelante.

Andrea –la protagonista de esta novela- busca entre unos seres, en una atmósfera desquiciada por las circunstancias, algo a lo que su educación le ha dado derecho a esperar; una verdad en las convicciones, una limpieza en la vida, un ideal fuerte que le resuelva el sentido de la existencia.

Andrea pasa por el relato con los ojos abiertos, con curiosidad, sin rencor. Se va de él sin nada en las manos. Sin encontrar nada... Y también –esto he querido expresarlo- sin desesperanza.

LA ISLA Y LOS DEMONIOS

La isla y los demonios es la segunda de mis novelas. Su tema principal, aquello que me impulsó a escribirla, fue un peso que estaba en mí hacía muchos años: el encanto pánico, especial, luminoso que yo vi en mi adolescencia en la isla de Gran Canaria. Tierra seca, de ásperos riscos y suaves rincones llenos de flor y largos barrancos siempre batidos por el viento.

El título de esta novela corresponde a las dos fuerzas que me hicieron escribirla. Una – la más poderosa- fue aquel recuerdo embellecido y mágico. Otra, la trama de pasiones humanas –siempre las mismas en todas las latitudes- , a las que yo llamo “los demonios”. Como en *Nada*, el hilo argumental de la novela está unido al despertar de una juventud. Aquí, sin embargo, se trata de la maduración de una adolescencia tratada como tema de observación por el novelista. Los ensueños, las cegueras, las intuiciones y los choques con una dura realidad en el transcurso de unos meses de la vida de una adolescente... Una ronda de personajes, vistos por sus ojos o ignorados por ellos, que descubren sus vidas reales en la última parte del libro.

NOVELAS CORTAS

Las novelas cortas que he escrito hasta el momento –siete en total- llevan los siguientes títulos: “La llamada”, “Un noviazgo”, “El último verano”, “El piano”, “La niña”, “Los emplazados”, “El viaje divertido”.

Estas novelas han ido surgiendo mientras la labor y el pensamiento de una nueva novela larga estaban en mí. Han nacido en el transcurso del tiempo que media entre “La isla y los demonios” (1952) y “La mujer nueva” (1955).

Nunca me atrevería a calificar de arte menor la novela corta; hay novelas cortas sencillamente geniales (me vienen al recuerdo las inolvidables de Chejov y Andreiev). En verdad, sólo hay un arte, que es mayor o menor según la capacidad del que lo crea; pero sí puedo decir que cada artista puede volcarse enteramente en una forma de arte preferida. Para mí el gran trabajo, lento, en el que vuelco o intento volcar algo que me interesa profundamente, es la novela larga. Las novelas cortas tienen a pesar de eso una técnica distinta del cuento, necesitan un armazón argumental más sólido, pero su extensión en número de cuartillas muchas veces ha dependido para mí –como en los artículos- de necesidades editoriales.

LA MUJER NUEVA

La mujer nueva ha sido un intento. Ha sido un paso en un camino difícil y necesario... Al escribirla tenía yo plena conciencia de esta dificultad, de tal manera que esperaba, para ella, un rotundo fracaso.

En primer lugar, la obtención del premio Menorca –dotado por el prócer menorquín Fernando Rubio con una aportación económica que hasta el momento es la más importante que se ha dado en España- y, después de editado el libro, las muchas felicitaciones o insultos recibidos por una obra que en el momento que escribo estas líneas lleva escasamente un mes en las librerías, me hacen pensar que ese paso difícil, poco comprensible para muchos, ha sido dado con éxito.

Si algún valor tiene *La mujer nueva*, a mi juicio, es el de señalar una rebeldía.

Una rebeldía de signo positivo, contraria a todo lo que nos hemos acostumbrado a llamar con esta palabra, y que paradójicamente es ya el camino fácil y académico, el camino envejecido por más de cincuenta años de trilla, de demoler valores carcomidos... Esta demolición se sigue haciendo invariablemente en nombre de una “rebeldía” que consiste en halagar en todo el instinto que ya se tiene bien preconcebido, de lo “rebelde”, en pulverizar lo que ya está pulverizado por otros... No cuesta mucho convertir en polvo lo que ya es polvo. Cuesta, sí, donde sólo se ve esta ruina, ayudar a descubrir unos cimientos y echar en ellos algo que dentro de toda su modestia pueda servir junto con otras cosas mucho más importantes a levantar un edificio nuevo...

No pretendo con esto que haya sido yo la “descubridora” de tales cimientos ni muchísimo menos, pero en esta labor ingrata y poco aplaudida y poco brillante de hacerlos, he querido contribuir con mi aportación consciente.

La mujer nueva –técnicamente- ha sido también la más difícil de mis novelas, y quizá por esto –o porque es la última que he hecho- la prefiero a todas las demás.

El hecho humano que motivó la temática de esta novela fue mi propia conversión (en diciembre de 1951) a la fe católica... Fe que podría suponerse que me era natural, pues fui bautizada al nacer, pero de la que jamás me volví a preocupar después de salir de la infancia, y cuyas prácticas –para mí enmohecidas y sin sentido- había dejado totalmente.

He huido en esta novela –precisamente por haberse motivado en una vivencia mía- de todo elemento autobiográfico, aparte de la sensación repentina de la Gracia. He creado un tipo de mujer, protagonista de mi libro, totalmente distinto de mi tipo humano, y la he colocado en situaciones, ambientes y circunstancias de conversión y lucha espiritual totalmente diferentes a las mías.

La novela hubiese podido tener un final distinto del que tiene sin que se alterase su esencia. Nunca me ocurre en mi trabajo de novelista buscar y forzar la resolución de un problema. Esto tiene que venir dado por el mismo personaje. Pero lo mismo en un final afortunado que en un vencimiento, esta novela hubiese sido siempre la exposición de una solución católica –aprovechada o no aprovechada por los personajes- a un problema de angustia humana.

La novela tiene tres partes. En la primera se sitúa el momento vital de una mujer y se narra su vida hasta los años 40 o 50, que es cuando puede situarse el relato. En la segunda parte hay sólo dos capítulos que tratan del deslumbramiento de la Gracia y del descubrimiento de la verdad religiosa. La tercera parte es la lucha de conciencia en lo que santa Teresa llamaría la primera morada –el umbral entrevisto de la vida espiritual- con sus retrocesos, sus anhelos, que van siendo definidos por sucesos vitales, algunos de los cuales son aparentemente ajenos a la protagonista, pero que en un momento determinado se enlazan vivísimamente con su conciencia.

Estos textos se encuentran en:

Carmen Laforet. *Mis Páginas Mejores*. Editorial Gredos, Madrid, 1956.